

ANDRÉS KOZEL *

Estaciones del antiimperialismo rioplatense

*“Mire amigo no venga con que los gringos son gente dada;
Yo lo vi a Mister Coso tomando whisky con los del clú;
Pero nunca lo vide tomando mate con la peonada.
No dirá que chupaban y que brindaban a mi salud.”*

Alfredo Zitarrosa

Trenes, rieles, pasajeros

Este ensayo busca ofrecer una suerte de panorama del antiimperialismo rioplatense, con acento en la dimensión simbólica. El desafío no es sencillo; lo que se perfila es un ejercicio de alcances limitados. Desde el propio título se acude, por estimarla productiva, a la imagen de las estaciones. La palabra estación tiene varias acepciones. Una alude al tiempo cíclico de la naturaleza, con su plétora de connotaciones. Otra se refiere a los sitios donde se detienen los autobuses y los trenes. Es sobre todo el segundo sentido, en particular, el ferroviario, el que se recupera aquí. No se piensa en cualquier estación de ferrocarril, sino en uno de esos grandes nodos donde se entrecruzan trenes y pasajeros que, con sus ritmos, provienen de y se dirigen a distintos sitios. En lugares así, acontecen encuentros, separaciones, reencuentros, cambios de rumbo, miradas retrospectivas hechas de recuerdos y olvidos, presencias más o menos obsesivas, ausencias.

* Argentino. Doctor en Estudios Latinoamericanos por la Universidad Nacional Autónoma de México. Investigador del CONICET y del Instituto de Prospectiva del INTA. Profesor de la Escuela de Humanidades de la Universidad Nacional de San Martín. Coordinador del GT-CLACSO “El antiimperialismo latinoamericano. Discursos, prácticas, imaginarios”.

Tratar de pensar el antiimperialismo acudiendo a esta imagen –y a otras igualmente flexibles, como sagas simbólicas, filiaciones, gestos– supone disponerse a entender la cuestión con base en un abordaje procesual-relacional, problematizador y sensible a los matices. No se trata tanto de “hacer teoría” a partir de estas consideraciones como de reconocer que ellas pueden ayudar a visualizar mejor algunos de los problemas que aparecen cuando se encara el estudio de estos temas. Se procura, en la medida de lo posible, eludir las propensiones a reducir a conveniencia repertorios simbólicos heterogéneos y que dialogan entre sí, a esencializar ecuaciones intelectuales tensionadas y dinámicas, a interpretar en clave teleológica dinámicas sinuosas. Destinadas fundamentalmente a interesados no especializados, las páginas que siguen no proporcionan la lista completa de los temas, figuras y títulos del antiimperialismo rioplatense; tampoco introducen hipótesis definitivas. Menos pretenciosamente, buscan iluminar algunos anudamientos clave, invitando a profundizar su análisis.

El 98 rioplatense

Entre los emergentes más destacados de este anudamiento figuran “El triunfo de Calibán”, de Rubén Darío, intervención que en su origen fue una conferencia pronunciada en un teatro de Buenos Aires; el *Ariel* de José Enrique Rodó –ensayo y autor cuyo antiimperialismo han sido materia de debate–; un opúsculo de Roque Sáenz Peña sobre la doctrina Monroe y las primeras textualizaciones de Manuel Ugarte: “El peligro yanqui” y “La defensa latina”.

Cabe puntualizar antecedentes y resonancias. Entre las primeras, el artículo “La política americana y las tendencias yankees”, publicado en 1887 por Ernesto Quesada. Hijo del entonces embajador argentino en Estados Unidos, Quesada leyó bien el momento, advirtiendo contra los verdaderos propósitos de la inminente conferencia continental (Buchbinder, 2012). En julio de 1888, el embajador Vicente Quesada le escribió al canciller Quirno Costa que la concreción de la unión aduanera “sería el pacto del lobo con el

cordero”, metáfora zoomorfa que no era nueva entonces y que resultó perdurable después (Morgenfeld, 2011). Mientras se realizaba la conferencia, Ernesto Quesada destacó la actitud de los delegados argentinos, Roque Sáenz Peña y Manuel Quintana (ambos futuros presidentes del país), quienes tendieron a obstaculizar los proyectos de Washington. El desempeño de los delegados argentinos también fue elogiado por José Martí, quien escribía en ese tiempo para el diario *La Nación* de Buenos Aires. Todas estas figuras veían con claridad la articulación entre proteccionismo, expansionismo y panamericanismo. Hubo en las elites rioplatenses de esos años figuras capaces de cuestionar a los Estados Unidos; no necesariamente conviene caracterizar sus prevenciones ni su antiyanquismo —ambos enraizados en las certezas que ofrecía la pujanza de las relaciones comerciales y financieras con Gran Bretaña— como antiimperialismo, siendo quizá más adecuado hablar de proto-antiimperialismo.

Otro riel de precedencias está ligado a la primera expresión de la saga de *La tempestad* de Shakespeare en América Latina, muy vinculada a la caracterización de los Estados Unidos y a la fijación de una simbólica antiestadounidense. A comienzos de la década del noventa, Paul Groussac, intelectual francés afincado en la Argentina que estuvo en Chicago en 1893, contribuyó al bestiario al asociar abiertamente a Estados Unidos con una criatura enorme y primitiva como el mamut (Bruno, 2012). Hacia 1894, Rubén Darío, animador del medio cultural porteño, se refirió, en un ensayo sobre Poe, a Estados Unidos como el país de Calibán. Según nos deja saber el propio Darío (1994: 53), el parangón había sido introducido poco antes por Joséphin Peladan, “el raro Sar”, decadentista francés, ocultista, fundador del Salón de la Rosa Cruz. Para el poeta nicaragüense, Calibán es el rey de aquel país, allí ha establecido el imperio de la materia desde su estado misterioso (Edison) hasta la apoteosis del puerco (Chicago); saturado de whisky, sin un Próspero que lo esclavice ni un Ariel que lo martirice, engorda y se multiplica, haciéndose legión.

El 2 de mayo de 1898 Groussac y Sáenz Peña hablaron en el Teatro Victoria acerca de la guerra que Estados Unidos le había declarado a España. Sus palabras, en particular las de Sáenz Peña,

estimularon a Darío a elaborar “El triunfo de Calibán” (Jáuregui, 1998). La intervención de Darío, tributaria de su ensayo sobre Poe recién citado, fijó un lenguaje y unas imágenes de notoria perdurabilidad. El propio poeta volvió a desplegarlos en intervenciones ulteriores, ya no tan ligadas al ámbito rioplatense, como “Oda a Roosevelt” y “Los cisnes”. No es posible desconocer la desconcertante volubilidad del nicaragüense, también autor de una “Salutación al águila”, con motivo de la Tercera Conferencia Panamericana de 1906.

Con su *Ariel*, de 1900, Rodó también participó de la saga de *La tempestad*. Deliberadamente lo hizo con mayor moderación que Darío, sin calibanizar a los Estados Unidos; sin embargo, acudió a la imagen del cíclope, y no hay razones para dudar de que fue justamente ese ensayo el que terminó por consagrar la contraposición espíritu/materia para pensar la relación entre las dos Américas.

La vía diplomática y la vía shakespereana convergieron en la estación 1898. Apenas iniciado el siglo, Sáenz Peña publicó una lúcida crítica a la doctrina Monroe, hoy poco recordada: *Los Estados Unidos en Sud-América. La doctrina de Monroe y su evolución* (recogido en Sáenz Peña, 1914-1915). Tras asumir como presidente en 1910, Sáenz Peña dictó un decreto por el cual se creó la “Dirección General de Explotación de Petróleo en Comodoro Rivadavia”, base de lo que sería más tarde Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF), instrumento clave de una política petrolera con sentido nacional, de gran relevancia en la historia del antiimperialismo. En cuanto a los Quesada, su antiyanquismo se acentuó después de 1898 (Buchbinder, 2012).

Entre las consecuencias del 98 rioplatense hay que contar también, según se señaló, las primeras textualizaciones antiimperialistas de Manuel Ugarte, sin olvidar que, de acuerdo con su propio testimonio, el origen de sus convicciones no remite tanto a la guerra hispanoestadounidense como a un viaje suyo a Nueva York que tuvo lugar en 1900. A Ugarte lo enorgulleció el elogio dispensado por Rubén Darío a *El porvenir de América Latina*, su primer libro. Es difícil recorrer la prosa de aquel Ugarte sin detectar resonancias rubendarianas. Inevitablemente se piensa en la novena estrofa de “Los cisnes” al releer la siguiente cascada de interrogaciones: “¿Acaso

esconde [el yanqui] la esperanza de extender su dominación como un océano? ¿Cerraremos los ojos para no ver el porvenir? ¿Acurrucados en vanidades pueriles, nos abandonaremos a la melancolía de ver subir la marea que debe sumergirnos? [...] ¿Sólo despertaremos al peligro cuando éste nos haya aplastado?” (Ugarte, 1978: 18). Como puede notarse, en Ugarte, la amenaza yanqui es una avalancha, un mar, un océano, un huracán, a la que hay oponerle barreras, diques de contención. A sus ojos, la amenaza se sentía más en México, en Centroamérica, en el Caribe, en tanto que veía a los países rioplatenses como casi “fuera de peligro” y/o como los “miembros sanos” de un “cuerpo paralítico”. Es difícil no pensar en el *Ariel* cuando, en una retrospectiva de 1923, titulada “El lobo y los corderos”, Ugarte se preguntó si, para obtener la ayuda “económica y técnica” de los Estados Unidos, América Latina debía renunciar a sus “posibilidades especiales de desarrollo, a su personalidad claramente definida, a sus antecedentes imborrables, a su facultad de disponer de sí misma” (Ugarte, 1978: 98).

De los años inmediatamente subsiguientes provienen, también, las aportaciones más recordadas del escritor español Rafael Barrett, radicado en el ámbito rioplatense durante la primera década del siglo. Ana María Vara sitúa, con razón, al autor de *Lo que son los yerbales paraguayos* y *El dolor paraguayo* en un lugar destacado de la historia del antiimperialismo latinoamericano; algunos artículos de este anarquista fueron elogiados por Rodó (Vara, 2013: 49 ss).

Vale la pena referir un entrecruzamiento singular. En 1911, José Ingenieros, que no era entonces pasajero de ninguno de los trenes que surcaban la estación antiimperialista, sino que navegaba en las aguas de un determinismo sociológico bio-economicista y eurocéntrico, se fue del país, enojado porque el presidente de la república no había avalado su designación como profesor titular de Medicina Legal en la Universidad. El presidente era Roque Sáenz Peña. Injusticia o rareza histórica, la ira de Ingenieros, futuro ícono del antiimperialismo rioplatense, fue tal que, para descargarse, escribió *El hombre mediocre*; en buena medida, el hombre mediocre era Sáenz Peña (Terán, 1979: 68ss). Hacia 1915, Carlos Pereyra, historiador mexicano recientemente afincado en Madrid, dedicaba

El mito de Monroe, jalón clásico del antiimperialismo continental, a la memoria de Simón Bolívar y de Roque Sáenz Peña, que había fallecido en 1914.

Los años veinte

En esta estación convergieron varios procesos transformadores, los asociados a la Revolución Mexicana, a la Gran Guerra, a la Revolución Rusa, a la Reforma Universitaria. Una de las figuras centrales de esta estación fue precisamente José Ingenieros, quien ya había atravesado su camino de Damasco, dejando atrás la tributación al determinismo positivista y eurocéntrico. El discurso que pronunció en octubre de 1922, en ocasión del banquete ofrecido en Buenos Aires a José Vasconcelos, entonces Secretario de Educación de la triunfante Revolución Mexicana, fue calificado por el dirigente socialista Alfredo Palacios como el “evangelio del antiimperialismo”. José Ingenieros, Alfredo Palacios y Manuel Seoane, peruano aprista exiliado en Buenos Aires, fueron los principales animadores de la Unión Latinoamericana (ULA), fundada en 1925, de la que también participaron Manuel Ugarte y, desde Córdoba, Deodoro Roca, referente de la Reforma Universitaria cuya prédica ha de integrarse también al corpus antiimperialista (Biagini, 2006).

La historia de la ULA, uno de los foros antiimperialistas más importantes de aquella etapa, fue estudiada en detalle por Alexandra Pita (2009). Tras la muerte de Ingenieros en 1925, la presidencia de la ULA quedó en manos de Palacios. Un libro de época en el que puede apreciarse de manera directa el universo de significados movilizado es *Nuestra América y el imperialismo yanqui*, colección de documentos y pronunciamientos mayormente firmados por Palacios, con prólogo de Seoane (Palacios, 1930). La ULA fue principalmente antiyanqui; como en Ugarte, los Estados Unidos eran vistos como la amenaza mayor para Nuestra América, más real en los casos de México, Centroamérica y el Caribe; más lejana en el del Río de la Plata. En el volumen citado se acude a un recurso que ya había sido empleado por Ugarte: la carta abierta; hay una a Hoover, otra

a las juventudes continentales. Se afirma que, tras haber “vendido su alma” a la riqueza y el poder, Estados Unidos degeneró en una plutocracia.

Como muestra el estudio de Pita (2009: 175ss), la red vinculada a la ULA sufrió un desmembramiento importante. El secretario general Arturo Orzábal Quintana se alejó para conformar la Alianza Continental (AC). La ULA quedó eventualmente más conectada a la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA). Entre los motivos de la división se cuenta la relación de la ULA con la izquierda doctrinal, que tendía a situar la problemática del imperialismo en un registro más clasista y más vinculado al horizonte de superación del capitalismo. Para la AC, la ULA y el APRA aparecían como demasiado doctrinales y poco realistas.

El universo comunista fue un cauce clave de la estación de los años veinte y seguiría siéndolo después, en modulaciones de señalada riqueza. En principio y en parte, el cauce conectó con el de la ULA. La revista *La Correspondencia Sudamericana* fue un órgano de difusión clave en esa etapa. De los numerosos aportes dedicados al tema, destaca el artículo “La penetración del imperialismo en la América del Sud”, de Victorio Codovilla (1926). En ese aporte pionero se pone de relieve la disputa entre el imperialismo británico y el estadounidense en la región: en Chile, Perú y Bolivia (en relación al conflicto por Tacna y Arica), en Brasil, en Argentina. Asimismo, se subraya la codicia estadounidense por el petróleo, así como el hecho de que la incipiente industria argentina, financiada por Estados Unidos, no tenía de argentina más que el nombre. En Codovilla, la Liga Antiimperialista será el dique capaz de detener la progresión del imperialismo colonizador.

Como explica Pita (2009: 209ss.), en Argentina hubo dos ligas antiimperialistas comunistas, la “chispista” y la “sección argentina”. La “chispista” se creó a partir de una disidencia con la dirección del PC y, también, ante la imposibilidad de incorporación a la ULA en 1925. La adecuada consideración de ese momento exige prestar atención, como lo hace Patricia Funes (2006), tanto al Congreso contra la Opresión Colonial y el Imperialismo, realizado en Bruselas en 1927 por iniciativa de la Internacional

Comunista (IC), como a la 1ª Conferencia Comunista Latinoamericana, reunida en Buenos Aires en 1929. Señala Funes que a partir de 1928 se produjo lo que los comunistas llamaron “el descubrimiento de América”; indica también que, no sin paradoja, después de la Conferencia de 1929 se aceleró la sujeción de los PC a los dictados de la IC.

En el tramo final de la década, la ULA, la AC, los comunistas y el propio presidente Hipólito Yrigoyen, de la Unión Cívica Radical (UCR), respaldaron la gesta sandinista. Por intermedio de Froylán Turcios, la ULA le hizo llegar un mensaje a Sandino, fechado en marzo de 1928. En diciembre de ese mismo año, el recientemente electo Herbert Hoover, recibido en el puerto de Buenos Aires al grito de “¡Nicaragua! ¡Nicaragua!”, sostuvo una entrevista personal con Yrigoyen. El presidente argentino le planteó la necesidad de respetar la soberanía de los países latinoamericanos, en referencia directa a la intervención en Nicaragua. Interesa recordar que, a principios de 1920, durante el primer gobierno de Yrigoyen, el crucero argentino “9 de julio”, al pasar cerca de República Dominicana, entonces intervenida, había saludado la bandera dominicana, negándose a hacer lo propio con el pabellón estadounidense. Estos gestos del presidente Yrigoyen alcanzaron estatura mítica en la literatura antiimperialista ulterior.

A lo largo de la década del veinte, y más en particular en su último tramo, se instaló en el centro de la agenda el tema del petróleo. Para numerosos analistas, la tensión entre el presidente Yrigoyen y las compañías extranjeras, fundamentalmente la Standard Oil, de origen estadounidense, fue una de las causas del golpe de Estado de 1930 (Mayo *et al.*, 1976). En 1927 el radicalismo yrigoyenista había logrado la aprobación de un proyecto de nacionalización y monopolio estatal en la Cámara de Diputados; el Senado no llegó a considerarlo. Con sus especificidades, las redes antiimperialistas participaron activamente de estos debates. Las intervenciones de la AC, próxima a la prédica de los generales Baldrich y Mosconi, se reprodujeron en grandes diarios como *La Prensa* y alcanzaron a tener repercusiones en Uruguay, orientando el proyecto de creación de una refinería estatal (Pita, 2009: 201ss).

Todavía en relación con la gesta de Sandino, corresponde recordar que en esos años un joven uruguayo, Carlos Quijano, publicó en París *Nicaragua, un ensayo sobre el imperialismo de los Estados Unidos*. En Montevideo, Quijano fundó, en el seno del Partido Nacional, la Agrupación Democrática y Social Nacionalista (ADSN), el diario *Nacional* y, más tarde, en 1939, el semanario *Marcha*, al cual dirigió hasta su clausura por los militares en 1974. Arturo Ardao señaló que el nacionalismo democrático, social y antiimperialista de Quijano ya estaba constituido al fundar ambos la ADSN en 1928 (en Vior, 2003). Los años juveniles de Quijano fueron estudiados por Caetano y Rilla (1986).

De acuerdo con varios autores, en los años veinte fue quedando relativamente atrás el lenguaje modernista; la retórica se hizo menos espiritualista, volviéndose más social, más económica (Devés Valdés, 2000). Sin duda, en dicho proceso jugó un papel la asimilación del marxismo –en particular, del célebre libro de Lenin– por apristas y comunistas. En *La Correspondencia Sudamericana*, por ejemplo, se aprecia un nutrido campo semántico asociado al antiimperialismo: intromisión, agentes, dependencia, rivalidades, objetivos estratégicos y, sobre todo, interés, son expresiones frecuentes.

Efectos de la crisis

Muy notoriamente en el caso argentino, el desacomodamiento producido por la crisis de 1929-1932 llevó a varios intelectuales a cuestionar el rumbo seguido hasta entonces. En ese contexto vieron la luz dos obras clave: *La Argentina y el imperialismo británico*, de los hermanos Rodolfo y Julio Irazusta, y *Política británica en el Río de la Plata*, de Raúl Scalabrini Ortiz. Ambas pusieron de relieve algo no demasiado tematizado hasta entonces: la incidencia británica en el país. Ambas abrieron paso a una profunda revisión histórica que, a su vez, se bifurcó en varios cauces y acabó por implicar la inversión de los signos valorativos habitualmente asociados a las principales figuras, etapas y procesos de la historia del país y la región, entre ellos la Guerra Grande rioplatense y la Guerra de

la Triple Alianza o del Paraguay (Buchrucker, 1987; Quattrochi-Woisson, 1998).

El libro de los Irazusta fue escrito para cuestionar la actuación de la diplomacia argentina en el famoso acuerdo Roca-Runciman. Sus páginas ofrecen una interpretación de la historia argentina novedosa para la época, basada, entre otras cosas pero muy fundamentalmente, en una carta de Vicente F. López al Gral. San Martín. La carta, fechada en 1831, bosquejaba una interpretación de las primeras décadas de vida independiente con base en la dicotomía entre el partido de la revolución –centrado en el patriotismo– y el partido de la contrarrevolución –que perseguía la riqueza y el progreso material– (Irazusta, 1982). De acuerdo con los hermanos Irazusta, el problema del país residía en que, a lo largo del siglo XIX, el segundo se había impuesto al primero. En una medida importante, la ulterior reivindicación de la figura de Rosas, de la cual Julio Irazusta fue animador mayor, se basó en esa interpretación, robustecida por la puesta de relieve del hecho de que, desde su exilio en Francia, el padre de la patria apoyó la política de Rosas ante los bloqueos de las potencias europeas, legándole luego, por disposición testamentaria, su sable. Toda esta operación reinterpretativa, en la que los hermanos Irazusta no estuvieron solos, de alguna manera acabó por colocar a Rosas entre los precursores del antiimperialismo rioplatense. En cuanto al itinerario de los Irazusta, interesa notar que, en los treinta, dejado atrás su juvenil antiyrigoyenismo, devinieron yrigoyenistas post factum; en la década siguiente, cuestionaron a Perón, pasando a figurar entre los representantes más conspicuos y lúcidos del nacionalismo de derecha no peronista, vertiente ideológica minoritaria aunque de cierta significación. Vuelto “historiador a la fuerza”, según su propia expresión, Julio Irazusta conocía bien la obra del mexicano Carlos Pereyra. No fue el antiyanquismo de Pereyra lo que más atrajo su atención, sino parte de sus consideraciones sobre la historia rioplatense del siglo XIX, su hispanismo y aspectos de su mirada sobre la política internacional.

Adelantada en intervenciones asociadas al ámbito de la Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina (FORJA), la obra de Scalabrini se publicó en 1938. Sus páginas tematizan la presencia

de una voluntad poderosa –la británica– desgranada en miles de voluntades minuciosas –en las que se incluyen las inclinaciones y preferencias de la oligarquía vernácula–, ejerciendo así un complejo y fino juego de dominación, que resulta imperioso develar. Scalabrini revisa tres procesos que tuvieron lugar en la década de 1820, en los cuales la diplomacia británica desempeñó un papel determinante: la creación del Banco de Buenos Aires, enseguida refundido en el Banco Nacional; el empréstito ficticio contraído con la Baring Brothers en 1824; el desmembramiento de Uruguay. Scalabrini emplea recursos retóricos novedosos, y muy eficaces, que conciernen, por ejemplo, a la tematización de lo contrafáctico, aquello que podría haber sucedido si se hubiera hecho tal o cual cosa... Pero también acude a información estadística trabajosamente recopilada, con base en la cual cultiva lo que él mismo llama “la elocuencia del número”. De manera constante se refiere al prevaricato de los dirigentes, a la práctica del soborno, aspectos éstos que, aunque obvios, sólo se pueden deducir, porque normalmente no quedan evidenciados en la documentación. Para Scalabrini: “Así ha obrado siempre Inglaterra dentro de nuestro país y en todas las actividades: lo que no corrompe, lo destruye” (Scalabrini Ortiz, 2001: 105).

Con estos y otros libros el antiimperialismo incorporó el antibritanismo. En la estación poscrisis, el antiimperialismo ya no se refirió tanto a unas realidades lejanas y potencialmente amenazadoras como a una historia concreta, y muy real, de penetración y abyección. Así, algo que se había insinuado en la estación previa con Codovilla, se volvía más elocuente y generalizado. La revelación dio lugar a múltiples deslizamientos, reacomodos y entrecruzamientos. Distintamente a los casos de Alfredo Palacios y de los hermanos Irazusta, Scalabrini llegaría al peronismo; también lo haría Manuel Ugarte, cuya relación con el Partido Socialista fuera problemática. En los lustros siguientes, los libros de Scalabrini se volvieron referencias fundantes para la tradición del peronismo de izquierda y de la izquierda nacional. Esto no sólo en el plano historiográfico, sino también en el del lenguaje, las estrategias discursivas, las imágenes.

Para enriquecer la caracterización de esta estación quizá convenga recordar la figura de Liborio Justo, hijo rebelde de Agustín P.

Justo, militar conservador que ejerció la presidencia de Argentina entre 1932 y 1938. Liborio fue protagonista de un gesto significativo que narra en su precoz autobiografía, publicada en 1940. En 1936 se realizó en Buenos Aires la Conferencia Internacional de Consolidación de la Paz; entre los asistentes figuró el presidente estadounidense Franklin D. Roosevelt. En palabras de Liborio: “Nunca se había hecho una reunión más importante y espectacular en América Latina y nadie se levantaba para poner en descubierto esa tremenda confabulación que tenía por fin aherrojar a nuestros pueblos”. Continúa: “Mi bárbaro orgullo no podía soportar la afrenta permaneciendo en silencio. Cuando llegó el momento, mi voz condenatoria resonó diciendo: ‘Abajo el imperialismo’” (Justo, 1956: 190ss). Por esa intervención, que se oyó por radio en muchas partes, siendo luego reproducida en medios gráficos, Liborio fue detenido y llevado a una estancia perdida en el extremo territorio de La Pampa, cerca del río Colorado. No lo olvidemos: era hijo del presidente en ejercicio. Figura singular y solitaria, Liborio no tenía en gran aprecio a Ugarte ni a Ingenieros; menos a Palacios. Conoció al pintor Siqueiros, mexicano y comunista, a quien también despreció. Acerca de los comunistas (“miseros liliputienses”), tempranamente pensaba que sus juicios cambiaban según “los intereses momentáneos de la pandilla burocrática del Kremlin” (Justo, 1956: 192n). Liborio fue uno de los primeros trotskistas argentinos; cerca de él se formó doctrinariamente el joven Jorge Abelardo Ramos, más tarde protagonista central de un cauce importante, el de la izquierda nacional, en el cual no sería sencillo incluir a su maestro, eventualmente inclasificable. Durante una estancia en Montevideo en los años treinta, Liborio conoció la obra de Luis Alberto de Herrera, caudillo del Partido Nacional, quien venía repensando la historia rioplatense con un criterio antimitrista y antiunitario, en lo cual empalmó con los afanes del revisionismo argentino. En algún lugar del espectro del revisionismo argentino hay que incluir *Nuestra patria vasalla*, obra ulterior de Liborio Justo, no demasiado recordada aunque importante, y donde Scalabrini Ortiz es reivindicado como “patriota sin tacha” (Justo, 1968).

Braden o Perón

A partir de su llegada al país a mediados de 1945, el embajador estadounidense Spruille Braden se determinó a participar activamente de la política argentina, jugando un papel destacado en la organización de la oposición contra el presidente Edelmiro Farrel y contra el vicepresidente Juan Domingo Perón. A principios de 1946, poco antes de que tuviera lugar la elección presidencial, el Departamento de Estado de Estados Unidos presentó el libro *Consultas entre las repúblicas americanas sobre la situación de la Argentina*, enseguida conocido como *Libro Azul*. En febrero, la gran prensa argentina comenzó a reproducirlo. El propósito del *Libro Azul* era “probar” el filo nazi fascismo del gobierno argentino y, en particular, de Perón. Puesto frente a esa circunstancia, Perón supo utilizarla a su favor. En su discurso del 12 de febrero, jornada en que se proclamó su candidatura presidencial, sostuvo:

“En nombre del señor Braden, alguien suficientemente autorizado expresó que yo jamás sería presidente de los argentinos y que aquí, en nuestra patria, no podría existir ningún gobierno que se opusiese a las ideas de los Estados Unidos [...] En consecuencia, sepan quienes voten el 24 por la fórmula del contubernio oligárquico-comunista que, con este acto, entregan sencillamente su voto al señor Braden. La disyuntiva, en esta hora trascendental, es ésta: Braden o Perón. Por eso, glosando la inmortal frase de Roque Sáenz Peña, digo: Sepa el pueblo votar [...] ¡Denuncio al pueblo de mi patria que el señor Braden es el inspirador, creador, organizador y jefe verdadero de la Unión Democrática!” (en Galasso, 2011: I, 402).

La disyuntiva polarizó todavía más a una sociedad ya dividida. Faltando pocos días para las elecciones, y mientras la Unión Democrática (UD) –coalición integrada por conservadores, parte de la UCR, socialistas y comunistas– asumía plenamente las denuncias del *Libro Azul*, obreros peronistas pintaban las paredes con los nombres que sintetizaban la encrucijada: “Braden o Perón” (Galasso, 2011: I, 393-409). En esos días también apareció la respuesta escrita de Perón a Braden, titulada *Libro Azul y Blanco*. Desde el punto de

vista de la línea argumental que venimos delineando, el Libro Azul y Blanco constituye un hito mayor. A punto de convertirse en presidente, Perón denunció abiertamente en ese libro-collage la intervención estadounidense en Argentina y Latinoamérica. Sostuvo que la fuente principal de las denuncias de Braden había sido la prensa comunista de Buenos Aires y Montevideo. Mencionó a los dirigentes Rodolfo Ghioldi y Victorio Codovilla y a los periódicos *Orientación* y *La Hora*, los cuales habían hecho, antes de la invasión nazi a la Unión Soviética y del consecuente giro de la política exterior de ésta, afirmaciones antiimperialistas y antiyanquis. Objetó asimismo el papel de la gran prensa, introduciendo una imagen eficaz —el “círculo Braden”— y ligando todos esos elementos a la conformación y suerte de la UD. Finalmente, en el apéndice destacó incidentes acontecidos en otros países latinoamericanos (Cuba, Bolivia), donde también había estado involucrado Braden. Dada la gravedad de los hechos en cuestión, la denuncia de Perón habría sido significativa en cualquier circunstancia; su peso específico se volvió mayor, y eventualmente inconmensurable, al convertirse Perón en la figura más popular de la vida política argentina de las siguientes décadas.

La política del primer gobierno peronista tuvo una orientación estado-intervencionista, nacionalizadora y redistributiva. En política exterior buscó salir de la situación de aislamiento y reinsertar al país en la comunidad internacional. Esto provocó un raro entrecruzamiento de imputaciones, por el cual el gobierno fue acusado de claudicación. En el esfuerzo de reinsertación jugó un papel destacado la formulación de la “Tercera Posición”, variante específicamente peronista del tercerismo, política social-internacional de orientación cristiana, distante de los imperialismos con sede en Washington y Moscú (Paradiso, 2002; Morgenfeld, 2011).

La contraposición Braden/Perón, a las que pronto se sumaron otras intervenciones, como las asociadas a las nacionalizaciones, solicitan ubicar al peronismo clásico —cuyo arsenal simbólico se vio enriquecido por los aportes de antiguos forjistas y de revisionistas peronizados— en un lugar clave de la historia del antiimperialismo rioplatense. Un gesto recordado lo protagonizó el antiguo radical Diego Luis Molinari, que representó al país en la Conferencia de

las Naciones Unidas sobre Comercio y Ocupación en La Habana (1947). Molinari denunció la política comercial de Estados Unidos, que impedía la industrialización en América Latina, calificando al capitalismo de ese país de “telaraña de Shylocks apretando el corazón de las multitudes hambrientas” (en Galasso, 2011: I, 524). En 1948, el canciller Atilio Bramuglia tuvo una destacada participación, una vez más desafiante de las posiciones estadounidenses, en la IX Conferencia Interamericana reunida en Bogotá. En aquella ocasión, Molinari sostuvo un intercambio con estudiantes cubanos, entre los que estaba Fidel Castro (Galasso, 2011: I, 525). Movimiento heterogéneo y surcado por contradicciones, el peronismo hizo suya, desde 1945, la bandera antiimperialista, disputándosela a otras tradiciones ideológico-culturales, como la socialista y la comunista.

En 1947 Codovilla publicó el opúsculo *¿Será la América Latina colonia yanqui?*, seguido por el libro *¿Resistirá la Argentina al imperialismo yanqui?*, que incorpora el escrito anterior. En la solapa se lee: “Codovilla desnuda los planes agresivos del imperialismo yanqui, levantando con apasionado patriotismo la bandera de las relaciones con la URSS. La Argentina puede seguir su propio camino prescindiendo de los dólares norteamericanos” (Codovilla, 1948).

En Uruguay, los años cuarenta son los primeros de *Marcha* (1939-1974), el semanario dirigido por Carlos Quijano, antes mencionado. Tanto Quijano como Ardao se pronunciaron desde el inicio de la empresa en contra del imperialismo y del panamericanismo y a favor de una búsqueda “propia”, distante de “exóticas ideologías” y de “mundialismos”. Colaborador permanente del semanario, Ardao fue una figura clave en la consolidación tanto de la noción de América Latina como del latinoamericanismo en tanto proyecto contrapuesto al panamericanismo. En toda aquella etapa, *Marcha* preconizó un nacionalismo antiimperialista democrático (y, desde 1947, también tercerista), distante del socialismo y del comunismo. En sus números de ese tiempo hay muy escasas referencias al peronismo; si las hay, son ajenas y críticas. Estas disposiciones se modificarían en la siguiente estación (Conteris, 2003; Vior, 2003).

La hora incandescente

Desde principios de los años cincuenta el campo ideológico-cultural rioplatense debió procesar una serie de acontecimientos internacionales, continentales y locales de enorme relevancia: la muerte de Stalin y la posterior desestalinización, el golpe de Estado en Guatemala, el golpe de Estado que en 1955 depuso a Perón, la emergencia del Tercer Mundo, la traición del presidente Arturo Frondizi, la tensión sino-soviética, la Revolución Cubana, su giro comunista, sus múltiples consecuencias. En ese complejísimo anudamiento el campo político se volvió polifónico hasta la estridencia; previsiblemente, se multiplicaron los cauces de la discursividad antiimperialista –pasajeros, trenes, rieles, entrecruzamientos–.

Para no perder la orientación conviene tener presente que uno de los rasgos centrales del anudamiento tiene que ver con la renovación de las izquierdas, proceso que se desarrolló al compás tanto de la desestalinización y de la aparición de las alternativas china, cubana y otras, como de la voluntad de zonas importantes de esa tradición de comprender el fenómeno del peronismo desde claves distintas a la desplegada en 1945, misma que había tendido a parangonarlo con los fascismos europeos. Al abordar esta estación no puede decirse la renovación de las izquierdas sin decir al mismo tiempo su fragmentación, que alcanzó niveles importantes; en esto reside una de las dificultades mayores aquí, dado que en esos años no hubo facción o desprendimiento de izquierda que no hiciera suya la disposición antiimperialista: de Jorge Abelardo Ramos a Mario Roberto Santucho, pasando por John William Cooke y Fernando Solanas; desde Alberto Methol Ferré a Rodney Arizmendi, pasando por Vivian Trías y Eduardo Galeano. Otro de los rasgos principales de este anudamiento tiene que ver con el largo exilio de Perón y con la proscripción y la resistencia del movimiento. En un proceso oscilante y no exento de ambigüedades y contradicciones, las intervenciones discursivas de Perón alcanzaron, por momentos, niveles inusitados de radicalidad política en general y de vibración antiimperialista en particular. La figura del Che Guevara –su derrotero singular, su meteórica fulguración– presidió buena parte de lo que se pensó, se

hizo o se intentó hacer en esta estación (Sigal, 1991; Terán, 1993; Tarcus, 1996; Altamirano, 2001; Galasso, 2011, tomo II).

Un primer hito es *Petróleo y política*, el voluminoso libro de Arturo Frondizi (1954), político de la UCR. El subtítulo de la obra, así como el de su introducción, luego publicada como separata, son reveladores del tono y la orientación: imperialismo y antiimperialismo aparecen enunciados de manera abierta. *Petróleo y política* apareció justo cuando varios sectores objetaban la política petrolera de Perón, cuyo gobierno enfrentaba problemas en materia de abastecimiento energético. Libro clásico, es uno de los espacios textuales donde más claramente se entrelazan la disposición antiimperialista y el afán de impulsar el desarrollo nacional en clave latinoamericanista. Lo que complejiza su justipreciación es la deriva política de su autor, entre desconcertante y trágica: tras el golpe de Estado que depuso a Perón, Frondizi acordó con todos los sectores (también con Perón), resultó electo presidente y llevó adelante una política que contradijo la prédica del libro; en 1962 fue depuesto por otro golpe militar.

Las implicaciones de lo antedicho sobre el campo ideológico-cultural pueden seguirse, por ejemplo, en la revista *Contorno* (1953-1959), espacio capital de la renovación de las izquierdas. Tras la caída de Perón, los contornistas vieron en Frondizi la posibilidad de avanzar en una salida de izquierda no peronista que contara con el apoyo de las masas; en abril de 1959 el desengaño era patente. En su novela *Dar la cara*, de 1962, David Viñas elaboró artísticamente el proceso. Antes, los contornistas debatieron con Jorge Abelardo Ramos sobre literatura nacional e imperialismo, destacando en este sentido un aporte de Ramón Alcalde (1955).

Otro hito tiene que ver con la impugnación al diagnóstico sobre el estado de la economía del país formulado por Raúl Prebisch tras la caída de Perón. Convocado por el presidente Lonardi, Prebisch presentó en octubre de 1955 un informe de tintes catastróficos. Varios ensayistas vinculados al peronismo respondieron, entre ellos Scalabrini Ortiz y Arturo Jauretche. La figura de Prebisch quedó asociada a la oligarquía, el coloniaje y el imperialismo (Jauretche, 1969; Galasso, 2011: II, 787).

Un tercer hito es el libro *Sandino, general de hombres libres*, publicado por Gregorio Selser. Discípulo de Alfredo Palacios, Selser encontró en Sandino un símbolo de la resistencia. A lo largo de más de tres décadas, Selser daría forma a una vasta obra antiimperialista coronada con la *Cronología de las intervenciones extranjeras en América Latina*, verdadero monumento del género publicado en México, donde Selser se había exiliado, en torno a 1990 y recientemente reeditado (Selser, 2010). En el Prólogo de esa obra aparece mencionado, en un lugar muy destacado, Roque Sáenz Peña.

La zona del campo ideológico-cultural a la que le cabe el nombre de izquierda nacional produjo diversas expresiones que interesan a este panorama. Son varias las figuras importantes que se agregan a las ya mencionadas: Rodolfo Puiggrós, Jorge Abelardo Ramos, Juan José Hernández Arregui. En 1957 Hernández Arregui publicó *Imperialismo y cultura*, donde presentó una propuesta sobre cómo pensar una cultura latinoamericana, proponiendo como modelos a Diego Rivera y Oswaldo Guayasamín (Hernández Arregui, 2005). Aparecidos hacia 1960, los manifiestos y ensayos del grupo Espartaco, en particular, de Ricardo Carpani, se inspiraron directamente en el planteo de Hernández Arregui. Espartaco planteó un arte al servicio de la liberación, tan distante del realismo socialista como de las vanguardias y del realismo conmisericordioso. Se trataba de elaborar artísticamente las ofensivas y victorias de la clase obrera; el impulso antiimperialista se contaba entre los componentes principales de la propuesta. En términos formales Espartaco apostó por el mural, el afiche, la articulación con espacios sindicales (Carpani, 2011).

Un quinto hito es el libro *Imperialismo y desarrollo económico*, de Juan Carlos Esteban, publicado en la colección Agramante, dirigida por Selser. De filiación comunista, Esteban (“joven sociólogo y economista”) puso en cuestión las pseudo-doctrinas del desarrollo asociadas a los planes de estabilización preconizados entonces. Paralelamente, avanzó en el reconocimiento del significado histórico del peronismo, destacando las nacionalizaciones, base de una capitalización nacional: “El camino hacia el pueblo pasa inexorablemente por la valoración crítica y autocrítica del peronismo. Nadie al margen de él, nadie que todavía hoy se sienta hijo legítimo de la ‘Unión

Democrática' podrá aspirar a la vanguardia" (Esteban, 1961: 76). Esteban cuestionó el plan petrolero de Frondizi, acentuador, en su opinión, de la dependencia. La propuesta de Esteban apuntaba a restaurar un verdadero programa de liberación nacional centrado en el desarrollo de la industria de máquinas.

Un sexto hito es *Marcha*, el semanario dirigido por Quijano. Los especialistas coinciden en destacar la progresiva radicalización de la publicación en los años que siguieron a la Revolución Cubana (Conteris, 2003; Vior, 2003; Piñeyrúa, 2010). Interesa destacar, con Vior, la polémica sobre el tercerismo, registrada en 1965-1966, de la que tomaron parte Carlos Real de Azúa y Arturo Ardao, a propósito de un libro de Aldo Solari. Sostiene Vior que la intensidad de la confrontación estuvo ligada al hecho de que se competía por el sentido del nacionalismo antiimperialista y, en el caso de Solari, del desarrollismo. *Marcha* jugó un papel crucial en muchos sentidos. Por ejemplo, fue en sus páginas donde resonó una intervención tan importante del Che Guevara como "El socialismo y el hombre en Cuba", de 1965 (en forma de carta a Quijano). Muchas figuras claves del antiimperialismo uruguayo pasaron por la publicación: Alfredo Zitarrosa, Mario Benedetti, Eduardo Galeano. Con motivo del primer regreso de Perón a la Argentina a fines de 1972, Quijano se refirió al peronismo en términos distintos a los que había empleado dos décadas atrás, puntualizando la necesidad de avanzar en la adecuada comprensión del movimiento y resaltando su carácter nacional, popular y antiimperialista.

El Che Guevara, rioplatense a fin de cuentas, fue una de las figuras mayores de esta estación. En su calidad de revolucionario protagonista de un proceso victorioso, el Che intervino directa o indirectamente en la mayor parte de los debates sobre el (sub)desarrollo, la dependencia, la liberación y la revolución, que tuvieron lugar entre el triunfo de la Revolución Cubana y su asesinato en Bolivia en 1967, e incluso de manera póstuma. Su "Mensaje a los pueblos del mundo a través de la Tricontinental" (1967) es una referencia imprescindible para quien se proponga estudiar más profundamente esta estación. Desde luego, es una intervención que rebasa, con mucho, el ámbito rioplatense.

No hay que perder de vista que una de las voces más activas en esta estación fue la del propio Perón en su largo exilio. Por momentos, Perón buscó desplazar hacia la izquierda “el péndulo” de la política y, en particular, de su movimiento (la imagen es de Galasso, 2011: *passim*). A partir de mediados de la década del sesenta, fue altamente significativa su insistencia en motivos tercermundistas radicales, ostensible en su Carta al Movimiento Peronista con motivo del asesinato del Che Guevara —“El Che es uno de los nuestros, quizá el mejor”— y en *La hora de los pueblos* (de 1967 y 1968, respectivamente). Este entrecruzamiento fue producto de una configuración específica y plasmó en uno de los monumentos simbólicos más importantes del antiimperialismo rioplatense, el film documental *La hora de los hornos*, realizado por Fernando Solanas y Octavio Getino en esos años y que pudo exhibirse en Argentina recién en 1973.

Otro hito, ciertamente mayor, es el libro *Las venas abiertas de América Latina*, dado a conocer por Eduardo Galeano en 1971. Por la proyección que alcanzó, es uno de los puntos culminantes del antiimperialismo latinoamericano. Tras el golpe de Estado que tuvo lugar en Uruguay en 1973, Galeano se estableció por un tiempo en Buenos Aires, donde dirigió la revista *Crisis*, importante caja de resonancia de buena parte de los temas referidos hasta aquí. Vale la pena llamar la atención sobre la producción de Vivian Trías, escritor socialista a quien Galeano consideraba su maestro. Entre las obras de Trías, que tuvo a su cargo algunos de los cuadernos publicados por *Crisis*, destaca *Historia del imperio norteamericano*, publicada en Buenos Aires por Peña Lillo, a fines de 1975. A su regreso a Uruguay en los ochenta, Galeano participaría de la creación de la Fundación Vivian Trías, colaboraría con la comisión parlamentaria encargada de publicar sus obras y redactaría el Prólogo de *La crisis del imperio* (1970) (Casal Beck, 2015).

El grupo reunido en torno a la revista *Pasado y Presente*, desprendimiento del comunismo, también jugó un papel en esta historia, en particular en lo que respecta a la renovación del marxismo y a la reconsideración del peronismo. Muchos de los casi cien Cuadernos de Pasado y Presente, colección publicada a partir de 1968 bajo la

dirección de José Aricó, se refieren de manera directa a los temas del imperialismo, el colonialismo y la cuestión nacional, testimoniando en forma elocuente la voluntad de actualizar esa corriente de pensamiento. Años después, en el exilio mexicano, Juan Carlos Portantiero, Oscar Terán y el propio Aricó publicaron estudios de temática antiimperialista. Cabe destacar, en particular, *Marx y América Latina*, logrado intento por repensar su desencuentro, tan medular en el caso argentino (Aricó, 1980).

El último hito que se recoge aquí no es un libro ni una publicación, sino un gesto, un hecho político que tuvo lugar en 1973, ya definido el retorno de Perón. Se trata del restablecimiento de las relaciones diplomáticas con Cuba, de la ruptura del bloqueo por parte de Argentina, de las declaraciones del ministro Gelbard ante las quejas de las empresas y del Departamento de Estado —“Si ustedes prohíben la venta, yo les expropió toda la producción de automóviles”—, de la gratitud y el entusiasmo expresados por Fidel Castro: “Deseo reiterarle una vez más lo mucho que valoramos los cubanos el gesto argentino de reanudar las relaciones diplomáticas y económicas con nuestro país [...] un paso inteligente en lo económico y valeroso en lo político frente al imperialismo que con brutal saña se empeña inútilmente en estrangular el desarrollo de Cuba” y, años después: “Nosotros siempre hemos sido amigos de los peronistas [...] Perón la hirió gravemente a la culebra, aunque no llegó a matarla” (en Galasso, 2011: II, 1278-1283 y 1287-1290).

Nuestros días

Es evidentemente arbitrario desplazarse de 1974 a nuestros días sin registrar nada de lo que sucedió entremedio. Por ejemplo, la fugaz, paradójica e intensa fulguración antiimperialista asociada a la guerra de Malvinas en 1982. El reclamo argentino es de larga data y es justo, por lo que la causa contaba y cuenta con un grado importante de apoyo popular; ésa es la razón por la que la mayor parte de la izquierda argentina secundó la invasión, destacando en ello, aunque sin ser la única, la figura de Jorge Abelardo Ramos; natural-

mente, respaldar una guerra contra una potencia iniciada por una dictadura represiva y genocida suscitó serios dilemas (Tarcus, 2007).

En algún momento de la transición hacia la estación sexta Benediti escribió el poema “El Sur también existe”, grabado por Joan Manuel Serrat en el disco del mismo nombre. El poema es importante; aunque no menciona la palabra imperialismo, el contraste de imágenes que propone actualiza varios de los elementos vistos aquí. Una idea del abismo que separa la quinta estación del cuasi-desierto de los ochenta-noventa puede darla la filmografía de Francisco Solanas; en películas como *Sur* (1988) o *El viaje* (1992), la temática aparece, pero traspuesta en otra clave, como de lamento y nostalgia después de la cruenta represión y ya bajo el sofocamiento del neoliberalismo en ciernes. Un personaje como Américo Inconcluso resulta emblemático en este sentido.

En 2003 se abrió una etapa nueva, coincidente con procesos que tenían lugar en otros países latinoamericanos. Eso generó una serie de condiciones que permitieron la reinstalación de las disposiciones antiimperialistas en lugares centrales de la dinámica ideológico-cultural. La Cumbre de las Américas de Mar del Plata de 2005 y la cancelación anticipada de la deuda con el Fondo Monetario Internacional en ese mismo año fueron acontecimientos de alta carga simbólica. Algo análogo puede decirse sobre el recentramiento del reclamo, esta vez pacífico, por las Islas Malvinas y espacios circundantes, sobre la reestatización parcial de YPF en 2012, sobre el modo en que el gobierno de Cristina Fernández encaró la presión ejercida por los fondos buitres a lo largo de 2014. En el momento más álgido de este conflicto, aparecieron en varios lugares del país pintadas y afiches con remisiones explícitas a la contraposición Braden/Perón, estableciéndose una equivalencia entre el histórico líder y la mandataria. Sin duda, durante la última década larga el kirchnerismo realizó una contribución a la vigorización del antiimperialismo latinoamericano. Sin embargo, el antiimperialismo no es patrimonio exclusivo de una única corriente ideológico-cultural. Motivos clásicos de la tradición antiimperialista, como el del cultivo de un horizonte poscapitalista, siguen vigentes en la actualidad, traspuestos a una clave distinta a la de los años veinte o sesenta,

como es el caso de la ambiental, registro desde donde se cuestiona la orientación del gobierno argentino, rotulado de (neo)extractivista. En materia de lenguaje, imágenes, símbolos y gestos esta sensibilidad no es ajena a la tradición antiimperialista. En diversos sitios, como por ejemplo en uno tan importante como lo es la fachada del Ministerio de Agricultura, Ganadería y Pesca, se aprecian pintadas contrarias a la empresa Monsanto. El lector interesado en este cauce puede consultar una amplia bibliografía (por ejemplo, en registros distintos, Vara, 2013; Svampa y Viale, 2014; también, la filmografía reciente de Solanas). En relación con estos temas, vale la pena tomar en consideración el discurso ofrecido por José Pepe Mujica, entonces presidente de Uruguay, en la Asamblea de Naciones Unidas en 2013.

No sería justo concluir sin mencionar algunos otros hitos de distinto orden que corresponden a esta estación, todos sumamente valiosos. Uno es el Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas (CEDINCI), espacio nucleado en torno a un acervo insoslayable para todo estudioso de estos temas, y que no se limita al ámbito rioplatense. Aun si el CEDINCI existe desde fines de los años noventa, no es excesivo sostener que el interés en las temáticas que cultiva se intensificó sensiblemente por las razones antedichas. Otro es la serie de biografías sobre figuras de la izquierda nacional que viene dando a conocer Norberto Galasso. Un panorama de nuestros días sería más insatisfactorio que éste si no aludiera a los estudios de Atilio Borón —su crítica a Hardt y Negri, sus ensayos sobre geopolítica (2003 y 2014)—. En otro orden de cosas, cabe referir la novela *La libreta negra. El imperio contra la integración de América Latina*, de Fernando Braga Menéndez (2013). Neoscalabriniana, si cupiera tal expresión, a la vez que actualísima, en la novela de Braga convergen temas caros a la tradición y motivos asociados a las miradas más recientes sobre la injerencia.

Bibliografía

- Alcalde, Ramón 1955 “Imperialismo, cultura y literatura nacional” en *Contorno* (Buenos Aires), N° 5/6, septiembre.
- Altamirano, Carlos 2001 *Bajo el signo de las masas (1943-1973)* (Buenos Aires: Ariel).
- Ardao, Arturo 1970 *Rodó. Su americanismo* (Montevideo: Marcha).
- Aricó, José 1980 *Marx y América Latina* (México: Alianza).
- Arizmendi, Rodney 1979 (1973) “Para una síntesis teórica de la experiencia revolucionaria continental” en *Uruguay y América Latina en los años setenta* (México: Ediciones de Cultura Popular).
- Biagini, Hugo 2006 “Deodoro Roca: reformismo y antiimperialismo” en *Roca, Deodoro Reformismo y antiimperialismo* (Buenos Aires: GEU).
- Borón, Atilio 2003 *Imperio & Imperialismo. Una lectura crítica de Michael Hardt y Antonio Negri* (Buenos Aires: Clacso).
- Borón, Atilio 2014 *América Latina en la geopolítica del imperialismo* (Buenos Aires: Luxemburg).
- Braga Menéndez, Fernando 2013 *La libreta negra. El imperio contra la integración de América Latina*. Novela (Buenos Aires: Amerian).
- Bruno, Paula 2012 “Mamuts vs. hidalgos. Lecturas de Paul Groussac sobre Estados Unidos y España en el fin-de-siglo” en Marichal, Carlos y Pita, Alexandra *Pensar el antiimperialismo. Ensayos de historia intelectual latinoamericana, 1900-1930* (México: El Colegio de México/Universidad de Colima).
- Buchbinder, Pablo 2012 *Los Quesada: letras, ciencia y política en la Argentina, 1850-1934* (Buenos Aires: Edhasa).
- Buchrucker, Cristian 1987 *Nacionalismo y peronismo. La Argentina en la crisis económica mundial (1927-1955)* (Buenos Aires: Sudamericana).
- Caetano, Gerardo y Rilla, José 1986 *El joven Quijano (1900-1933). Izquierda nacional y conciencia crítica* (Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental).
- Carpani, Ricardo 2011 (1960) *Arte y revolución en América Latina* (Buenos Aires: Continente).
- Casal Beck, Luis 2015 “Galeano: las raíces de su pensamiento” en La República, 19 de abril. En <<http://www.republica.com.uy/galeano-las-raices-de-su-pensamiento/512510/>>
- Codovilla, Victorio 1926 “La penetración del imperialismo en la América del Sud” en *La Correspondencia Sudamericana* (Buenos Aires) Año 1, N° 18, 31 de diciembre.
- Codovilla, Victorio 1948 *¿Resistirá la Argentina al imperialismo yanqui?* (Buenos Aires: Anteo).
- Conteris, Hiber 2003 “*Marcha* y el despertar de la conciencia latinoamericana:

- análisis del ideario americanista del semanario en sus primeros veinte años de existencia” en Machín, Horacio y Moraña, Mabel (eds.) *Marcha y América Latina* (Pittsburg: Universidad de Pittsburg).
- Darío, Rubén 1994 (c1894) “Edgar Allan Poe” en *Los raros* (Buenos Aires: Losada).
- Devés Valdés, Eduardo 2000 *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Entre la modernización y la identidad* (Buenos Aires: Biblos). Tomo I: Del Ariel de Rodó a la CEPAL.
- Esteban, Juan Carlos 1961 *Imperialismo y desarrollo económico. La Argentina frente a nuevas relaciones de dependencia* (Buenos Aires: Palestra).
- Fronidizi, Arturo 1954 *Política y petróleo. Contribución al estudio de la historia económica argentina y de las relaciones entre el imperialismo y la vida política nacional* (Buenos Aires: Raigal).
- Funes, Patricia 2006 “Antiimperialismo, latinoamericanismo y nación” en *Salvar la nación. Intelectuales, cultura y política en los años veinte latinoamericanos* (Buenos Aires: Prometeo).
- Galasso, Norberto 2011 *Perón* (Buenos Aires: Colihue). Tomo I: Formación, ascenso y caída. Tomo II: Exilio, resistencia, retorno y muerte.
- González, Horacio 2012 “Fisonomía de Griesa” en *Página 12* (Buenos Aires) 27 de noviembre.
- Hernández Arregui, Juan José 2005 (1957) *Imperialismo y cultura* (Buenos Aires: Continente).
- Irazusta, Rodolfo e Irazusta, Julio 1982 (1934) *La Argentina y el imperialismo británico, los eslabones de una cadena (1806-1933)* (Buenos Aires: Independencia).
- Jáuregui, Carlos 1998 “Calibán: ícono del 98. A propósito de un artículo de Rubén Darío” en *Revista Iberoamericana* (Pittsburgh: Universidad de Pittsburgh) Vol. LXIV, N° 184-185, julio-diciembre.
- Jauretche, Arturo 1969 *El retorno al coloniaje. La segunda década infame: de Prebisch a Krieger Vasena* (Buenos Aires: Ediciones del Mar Dulce).
- Justo, Liborio 1956 (1940) *Prontuario. Una autobiografía* (Buenos Aires: Gure).
- Justo, Liborio 1968 *Nuestra patria vasalla. Historia del coloniaje argentino* (Buenos Aires: Schapire) [cuatro tomos, publicados a partir de la fecha indicada].
- Mayo, C. A.; Andino, O. R. y García Molina, F. (1976) *La diplomacia del petróleo (1916-1930)* (Buenos Aires: CEAL).
- Methol Ferré, Alberto 1959 *La crisis del Uruguay y el imperio británico* (Buenos Aires: Peña Lillo).
- Morgenfeld, Leandro 2011 *Vecinos en conflicto. Argentina y Estados Unidos en las Conferencias Panamericanas (1880-1995)* (Buenos Aires: Continente).
- Palacios, Alfredo 1930 *Nuestra América y el imperialismo yanqui* (Madrid: Historia Nueva).

- Paradiso, José 2002 “Vicisitudes de una política exterior independiente” en Suriano, Juan (coord. gral.) *Nueva Historia Argentina* (Buenos Aires: Sudamericana). Tomo 8 (Dir. Juan Carlos Torre): Los años peronistas (1943-1955).
- Piñeyrúa, Pilar 2010 “‘La imaginación tituladora’: América Latina y el latinoamericanismo en los titulares y tapas del semanario *Marcha*” en Crespo, Regina (coord.) *Revistas en América Latina: proyectos literarios, políticos y culturales*, México, CIALC-UNAM/Eón.
- Pita, Alexandra 2009 *La Unión Latinoamericana y el Boletín Renovación. Redes intelectuales y revistas culturales en la década de 1920* (México: El Colegio de México/Universidad de Colima).
- Quattrochi-Woisson, Diana 1998 *Los males de la memoria. Historia y política en la Argentina* (Buenos Aires: Emecé).
- Ramos, Jorge Abelardo 1968 *Historia de la nación latinoamericana* (Buenos Aires: Peña Lillo).
- Ramos, Jorge Abelardo 1954 *Crisis y resurrección de la literatura argentina* (Buenos Aires: Indoamérica).
- Sáenz Peña, Roque 1914-1915 *Escritos y discursos* (Buenos Aires: Peuser). Dos tomos.
- Scalabrini Ortiz, Raúl 2001 (1938) *Política británica en el Río de la Plata* (Buenos Aires: Plus Ultra).
- Selser, Gregorio 2010 *Cronología de las intervenciones extranjeras en América Latina* (México DF: UACM/UNAM). Cuatro tomos.
- Sigal, Silvia 1991 *Intelectuales y poder en la década del sesenta* (Buenos Aires: Puntosur).
- Swampa, Maristella y Viale, Enrique 2014 *Maldesarrollo. La Argentina del extractivismo y el despojo* (Buenos Aires: Katz).
- Tarcus, Horacio 2007 “Los dilemas de la izquierda en la Guerra de Malvinas” en *Página 12* (Buenos Aires) 2 de abril.
- Tarcus, Horacio 1996 *El marxismo olvidado en la Argentina: Silvio Frondizi y Milcíades Peña* (Buenos Aires: El cielo por asalto).
- Terán, Oscar 1993. *Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina, 1956-1966* (Buenos Aires: El cielo por asalto).
- Terán, Oscar 1979 “José Ingenieros o la voluntad de saber” en Ingenieros, José *Antiimperialismo y nación* (México: Siglo Veintiuno).
- Trías, Vivian 1975 *Historia del imperialismo norteamericano* (Buenos Aires: Peña Lillo). Tres tomos.
- Trías, Vivian 1972 *Imperialismo y geopolítica en América Latina* (Buenos Aires: Cimarrrón).
- Ugarte, Manuel 1978 *La nación latinoamericana* (Caracas: Ayacucho).

- Vara, Ana María 2013 *Sangre que se nos va. Naturaleza, literatura y protesta social en América Latina* (Sevilla: CSIC).
- Vior, Eduardo 2003 “‘Perder los amigos, pero no la conducta.’ Tercerismo, nacionalismo y antimperialismo: *Marcha* entre la revolución y la contrarrevolución (1958-74)” en Machín, Horacio y Moraña, Mabel (eds.) *Marcha y América Latina* (Pittsburg: Universidad de Pittsburg).
- Viñas, Ismael 1972 *Capitalismo, monopolios y dependencia* (Buenos Aires: CEAL).